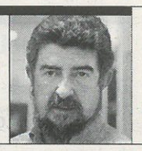
TRIBUNA
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla



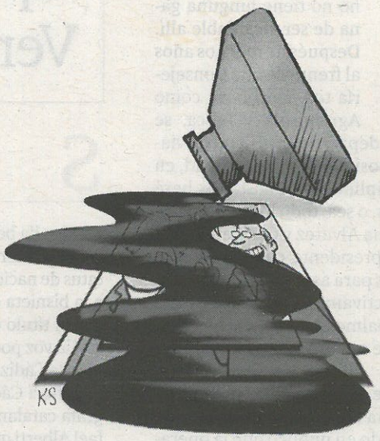
La viñeta danesa es todo menos inocente: se trata de una provocación contra el mundo árabe-islámico, que intenta contraponer derecho de expresión y presunción de inocencia

Las viñetas de Mahoma

SON muchos los europeos que condenan las reacciones surgidas en el mundo árabe-islámico ante la publicación, en un periódico danés y luego en otros medios de prensa del continente, de unas viñetas satíricas en las que aparece el Profeta con una bomba escondida bajo el turbante. Dichas protestas están siendo interpretadas como una demostración de esa incompatibilidad entre islamismo y democracia en la que insisten de forma permanente no sólo los representantes de la ultraderecha europea, sino también buena parte de los intelectuales *progresistas* que se proclaman acérrimos defensores de los derechos democráticos (sólo de los individuales, porque niegan la existencia de derechos humanos colectivos). La situación puede empeorar gravemente, porque cuando se enciende una cerilla –en nombre de la libertad de encender fuego– en una gasolinera, lo esperable (o lo buscado) es que se produzca una explosión; como posiblemente se producirá una tragedia si dentro de una discoteca alguien grita fuego –haciendo uso de la sacrosanta libertad de divertirse.

La respuesta más contundente a las reacciones surgidas en los países de mayoría islámica ha venido desde los propios medios de comunicación europeos, que han hecho piña en defensa de la libertad de expresión. La inmensa mayoría de los líderes de la opinión publicada, con pocos matices, se han atrincherado tras la pancarta de la defensa del derecho a la crítica, que consideran amenazado e irrenunciable. La cuestión se está planteando, inadecuadamente, como una confrontación entre libertad de expresión y fanatismo religioso.

Por una parte, en nuestros países, ¿son los periodistas, literarios o gráficos, libres de expresar sus ideas y opiniones en los medios en los que trabajan? Delicada cuestión, respecto a la que me voy a permitir afirmar –porque no vivo de mis colaboraciones en la prensa– que desde luego que no. O, lo que es lo mismo aunque parezca contradictorio: que puede que sí... siempre que no toquen intereses cercanos a las empresas que les pagan (algunas de las cuales, afortunadamente, son más flexibles que otras) y no desborden los límites de la política editorial definida por dichas empresas. En cada país de Europa existen temas y cuestiones que son, de hecho, tabúes. Por ejemplo, Albert Boadella, tan celebrado por haberse atrevido a caricaturizar sin piedad al *honorable* Pujol cuando era presidente de la Generalitat, e incluso a la Virgen de Montserrat como símbolo de Cataluña, jamás ha satirizado al Rey Juan Carlos o a la Virgen del Pilar, patrona de la Hispanidad. Por su ideología, quizá nunca se le haya ocurrido hacerlo, pero ¿piensan ustedes que habría tenido las mismas facilidades para ejercer, entonces, su libertad de expresión?



Se me ocurren gran cantidad de cosas que son, entre nosotros, tabúes pese a lo sacrosanto de esta libertad. Aquí van algunas y que nadie piense que yo desearía verlas consumadas: una viñeta de la bandera vasca sobre los escombros del Hipercor de Barcelona; otra, con una catalana en el balcón del Banco de España (que, por cierto, tiene la española y a nadie escandaliza); una más, de un teniente general limpiándose las botas con la bandera constitucional; un *collage* del Papa con los cadáveres de miles de niños muertos por el sida; otro de la maja desnuda de Goya sobre el caballo del Señor Santiago... o varias más de la familia real, de militares de alta graduación o de miembros de la Conferencia Episcopal, cuyo contenido, para no romper el tabú, dejo a la libre creatividad de los lectores.

¿Por qué, quienes no reivindican todo lo anterior (cosa que yo no hago, porque lo consideraría un insulto a diversos colectivos, aunque hiciera disfrutar a otros) se consideran obligados a defender, por encima de cualquier otro valor, el derecho a acusar en una viñeta –una imagen sigue valiendo, a veces, más que mil palabras– a todos cuantos profesan la religión islámica, representada por Mahoma, de terroristas enmascarados? Parece evidente que la libertad de expresión sólo está garantizada cuando se usa contra los débiles y sus símbolos, nunca contra los de los poderosos.

La viñeta es todo menos inocente. Se trata de una provocación contra el mundo árabe-islámico, incluidos los millones de inmigrantes a Europa que pertenecen a él culturalmente, que ha estallado en el momento de la victoria electoral de Hamas en Palestina, cuando Irán es situado en el Eje del Mal por el delito de querer tener lo que ya poseen en Asia otros estados tan pacíficos y democráticos como Israel, Pakistán, India, China y Rusia, y cuando la islamofobia avanza en las legislaciones y en la práctica diaria de los países de la Unión Europea (observen, aquí mismo, la amplificación por gran parte de la prensa de las soflamas de la señora que encabeza la asociación contra la mezquita de los Bermejales). No seamos ingenuos: con esta campaña, que trata de contraponer, perversamente, el derecho de expresión y el derecho no ya al respeto a unas convicciones religiosas sino a la simple presunción de inocencia *aun siendo musulmán,* lo que se intenta, una vez más, es que una profecía se cumpla a sí misma. Y no me refiero a ninguna profecía de Mahoma, sino a esa profecía canalla de que es imposible la convivencia intercultural en el mundo y en nuestras propias sociedades porque los "otros", especialmente los árabe-islámicos, no respetan ni siquiera las libertades democráticas más básicas. Con lo que Occidente estaría legitimado para imponerse, por los medios que fuera necesario, a todos los "otros", en base a su supuesta superioridad moral. Fundamentalismo puro y duro, aunque no sea reconocido como tal.

EL MIRADOR
Félix Bayón

Buena vecindad

QUE éste es un país muy raro lo demuestra que sea noticia de primera página que el presidente del Gobierno visite dos ciudades españolas y que un niño pueda ser escolarizado en la lengua oficial, gracias, eso sí, a que sus padres acudieron hasta el Tribunal Supremo. La noticia, no obstante, estaba más que en la visita de Zapatero, en que ningún otro jefe del Gobierno español hubiera pisado Ceuta y Melilla en más de un cuarto de siglo para evitar el enojo del vecino Marruecos.

José Luis Rodríguez Zapatero ha demostrado que si un presidente español viaja a Ceuta y Melilla no pasa nada, y tampoco pasará gran cosa si, por fin, va el Rey. Porque, aunque muchos medios de comunicación lo dramatizaran, lo publicado estos días en la prensa oficiosa marroquí era no sólo previsible, sino que resultaba rutinario.

Zapatero no sólo se ha apuntado un buen tanto, sino que nos hace preguntarnos ahora por qué no fueron sus predecesores. Especialmente, José María Aznar, que no ahorró gestos imprudentes, como el de considerar al principal rival de Marruecos, Argelia, como interlocutor preferente de España, rompiendo con la razonable política de equilibrio con el Magreb.

La visita de Zapatero ha servido, además, para borrar el gesto de extravagante torpeza cometido durante su primera visita a Marruecos: dejarse fotografiar con el Rey Mohamed VI ante un mapa en el que las islas Canarias estaban pintadas del mismo color que Marruecos y el Sáhara, como si formasen parte del mismo Estado.

Se ha censurado a Zapatero el que durante la visita no explicitara la españolidad de Ceuta y Melilla. Hubiera sido un gesto innecesario e incluso contraproducente: una especie de *excusatio non petita*. Más razonable era, probablemente, considerar su viaje un asunto normal y hablar de ciudadanos (españoles), derechos y necesidades de la población. Exactamente lo mismo que si hubiera estado en Cuenca.

Tan previsible como los medios marroquíes han sido muchos medios de España en los que se han podido leer –y, sobre todo, escuchar– afirmaciones sonrojantes. El alanceo del moro sigue siendo, para muchos, fiesta nacional. Quizá por eso el Rey de Marruecos ha recibido calificativos que no se han usado aquí ni con Pol-Pot. Marruecos no es una democracia, pero son evidentes los esfuerzos de reconciliación y modernización que viene haciendo su Monarca, a pesar de las resistencias militares –un problema crónico desde hace décadas– y de la tensión fundamentalista. Estos esfuerzos se han hecho notar en leyes como la que consagra la igualdad de la mujer –insólita en un país musulmán– o en gestos como los programas de televisión que han mostrado en horas de máxima audiencia los testimonios de los torturados por el régimen de Hassan II.

Pero incluso si no fuera así, no nos quedaría más remedio que llevarnos bien con Marruecos. Nadie puede elegir a sus vecinos.

→ felix@felixbayon.com

LA CIUDAD Y LOS DÍAS
Carlos Colón

Valores europeos

LA cuestión de la caricatura danesa no deja de agrandarse con manifestaciones en los países islámicos, una tormenta política extendida a toda Europa y Oriente Próximo, el despido del director de *France Soir* o las peticiones de los consejos islámicos de Gran Bretaña o Francia de que no se reproduzcan las caricaturas. Urge decir que se trata de una cuestión extraeuropea importada por los inmigrantes que no han querido aceptar los valores de pluralidad, tolerancia y libertad de expresión de los países en que viven. Urge también decir –porque hay quienes están aprovechando esta crisis para cargar contra todas las religiones– que no se trata de una cuestión que afecte a las tres religiones monoteístas con implantación en Europa, sino sólo a una de ellas. Y urge decir que se trata de una cuestión política, no estrictamente religiosa: una manipulación de los sentimientos religiosos puesta al servicio de intereses muy concretos que exacerba la frustración, fanatismo, intolerancia o histerismo de quienes –en Europa– no han querido integrarse en los valores europeos y –en los países islámicos– alientan la guerra santa contra un Occidente al que no dejan de amenazar o atacar (Nueva York, Madrid, Londres).

Los europeos hemos aprendido que matar para defender el honor de Dios es la mayor afrenta que a ese honor puede hacérsele

Con mucha sangre y enfrentamientos entre ellas, o entre ellas y la racionalidad arreligiosa o antirreligiosa, las religiones que tienen arraigo en Europa porque son las que, junto al legado grecorromano, la han hecho –el judaísmo y el cristianismo católico y protestante–, han aprendido y han sido obligadas a aprender a vivir en sociedades plurales en las que la libertad de expresión es un bien irrenunciable, aunque conlleve la posibilidad de abusos (Sarkozy lo ha definido bien: "Prefiero el exceso de caricatura al exceso de censura"). El equilibrio entre esa libertad y el respeto a las creencias es inestable y no son, han sido y serán pocos los roces. Pero los europeos hemos aprendido a solucionarlos polemizando o acudiendo a los tribunales. A nadie se le ocurriría matar para defender el honor de Dios, porque todos –judíos y cristianos– hemos aprendido que la mayor afrenta que a ese honor puede hacerse es matar en nombre de Dios. Y si alguna duda quedaba la disiparon los crematorios de los campos de exterminio, última estación de la judeofobia histórica de origen religioso alimentada durante siglos por católicos y protestantes, y derivada en el antisemitismo moderno, racial y no ya religioso, del nazifascismo.

El mundo islámico, en cambio, no ha tenido que batirse con la racionalidad ilustrada, no ha tenido que ceder los ámbitos de poder temporal que lo religioso había ocupado abusivamente, no ha descubierto la riqueza de la interpretación de los textos que vacuna contra la literalidad fundamentalista. La consecuencia es esa intransigencia que ahora amenaza, desde dentro de ella misma, la libertad de expresión consustancial a la cultura europea.

→ ccolon@diariodesevilla.es